

# 1

Estaba solo, caliente y en posesión de un hueso de demonio parcialmente quemado. Perfecto.

Sólo el último de los tres problemas era una novedad, y desde luego no iba a solucionar los dos primeros.

Dain Hawkins se pasó los dedos por su abundante pelo negro y lanzó una carcajada grave y mordaz. Las sombras púrpuras y cambiantes de la luna, y su tenue luz gris, formaban una franja sobre su muslo cubierto por los vaqueros para abrirse luego en abanico sobre las hileras de lápidas de ladrillo, estuco y mármol del cementerio más antiguo de Nueva Orleáns. El St. Louis 1.

Se agachó a esperar al abrigo de la tumba blanca de estilo griego que tenía al lado, perteneciente a la reina del vudú. Estaba cubierta de pequeñas «x» para atraer la buena suerte y decorada con exvotos, flores y monedas de vudú para comprar favores, depositados allí por los fieles.

Sin embargo, esa noche Dain no estaba ahí por el vudú. Como hechicero que era no necesitaba esa clase de ayuda.

Se encontraba allí por los *híbridos*, esas brutales criaturas que un día fueron humanas y que, al verse frente a la muerte, habían permitido que un demonio se apoderara de sus almas, convirtiéndose en esclavos del Solitario, un malvado demonio de inmenso poder que lo único que deseaba era cruzar el muro entre las dimensiones y convertir el reino humano en su granja personal de alimentos.

Dain sonrió con tristeza. Eso no iba a ocurrir mientras él siguiera respirando.

El aire era fresco, con un ligero matiz invernal. Percibió el débil rastro de azufre y la ondulación del mal que pendía sobre el cementerio como una niebla maloliente.

Sí, había venido al sitio adecuado.

Se incorporó y su largo abrigo negro flotó a su espalda como una sombra ondulante. Anduvo hasta el final de la hilera, giró y continuó avanzando por la ciudad de los muertos. Algunas de las lápidas estaban rectas, otras un poco torcidas y otras conducían a un callejón sin salida formado por un laberinto de tumbas familiares: casas en miniatura para los muertos, totalmente cercadas por vallas bajas de hierro. Muchas de ellas habían sido restauradas después del huracán, otras todavía mostraban sus ángulos destrozados, erosionados por el tiempo y la tormenta, que sobresalían como huesos secos.

«Huesos». Los labios de Dain se curvaron. Estaba allí por algo más aparte de los *híbridos*. Estaba allí debido al hueso ennegrecido que guardaba en el bolsillo de su abrigo, que quemaba las capas de tela y su piel como un hierro candente. Aborrecía sentir esa aura nauseabunda, tan poderosa que le robaba el aire de los pulmones. El hedor y el terrible poder del demonio estaban adheridos a ella.

Unas semanas antes, Ciarran D'Arbois, el amigo de Dain, había cerrado de golpe un portal entre el reino demoníaco y el humano, mutilando de ese modo al Solitario, cuyo pie fue seccionado cuando la puerta quedó sellada, dejando al poderoso demonio atrapado en el agujero que lo había engendrado. Dain había encontrado lo que quedaba de él en el reino humano: un hueso quemado y ennegrecido que conservaba vestigios de una magia terrible y tenebrosa.

Desde aquella noche lo había mantenido encerrado en una cámara de su casa, pero no se atrevió a dejarlo allí, sin vigilancia, mientras él se marchaba a Nueva Orleans. Aún así, se preguntaba si no era una locura llevarlo encima.

Elecciones, elecciones. No podía confiar en nadie excepto en sí mismo. Esa era una lección que había aprendido por las malas.

En un charco se reflejaba el contorno de una cruz y la brillante silueta redonda de la luna. Alzó la vista hacia una cripta cercana,

hacia la cruz y la estatua de la mujer doliente de la tumba de al lado. Cruzó el charco y sus botas rompieron el reflejo.

No hizo ningún esfuerzo por ocultar su avance. Que le oyeran. Estaba buscando pelea, llevaba tiempo buscándola, desde la noche en la que el Solitario estuvo a punto de cruzar. Esa noche, Dain supo que el Antiguo, el miembro más anciano y poderoso de la Alianza de Hechiceros, los había traicionado y había decidido unirse a los demonios. El Antiguo había sido su mentor, su amigo.

Ahora era su enemigo.

Obedeciendo a su instinto, Dain se introdujo en el laberinto de criptas y vallas de hierro. Por fin, fue a parar a un espacio abierto en el que había una solitaria tumba negra cuyos ladrillos y yeso estaban rotos, dejando ver un agujero profundo y mohoso. Un viejo ataúd podrido yacía bajo la luna con la tapa quitada y a su alrededor se agolpaban media docena de *híbridos*, lanzando sombras alargadas y amenazadoras.

Su ropa estaba sucia, salpicada de manchas e impregnada del olor a sangre fresca. Dain estaba seguro de que habían comido hacía poco, aunque no de los restos, descompuestos mucho tiempo atrás, del ataúd. No, habían cazado y matado antes de llegar al cementerio. A los *híbridos* les gustaba que su presa estuviera viva. Que la carne tuviera sangre.

Y que fuera humana.

Eso era lo único que ofrecía un alivio pasajero al infinito dolor físico de su existencia; un pequeño detalle que los demonios siempre se olvidaban de mencionar cuando tentaban al moribundo para que se transformara en *híbrido*.

Dain estudió al grupo con los ojos entrecerrados. No sabían que él estaba ahí. En condiciones normales habrían sentido el anuncio de su magia luminosa mucho antes, pero el poder malévolo del hueso carbonizado era tan grande que lo ocultaba. ¡Diablos, la aureola demoníaca que tenía a su alrededor era tan densa que lo más probable era que los *híbridos* lo hubieran confundido con uno de los suyos!

Una valiosa herramienta de ocultación.

El problema era que también él tenía dificultades para detec-

tarlos. Cuanto más tiempo llevaba el hueso encima, más se acostumbraba y menos percibía la corriente de magia demoníaca. Sin duda alguna eso era un peligro, pero era inevitable. Los *híbridos* robaban tumbas por todo el mundo sin disimulo ni discreción, y Dain sospechaba que seguían un plan definido. Hasta que supiera lo que pasaba, el hueso quemado del demonio no iba a ir a ninguna parte sin él.

Sí, él y su hueso eran inseparables.

Protegido por las sombras, Dain apretó los dientes, conteniendo el deseo de apelar a todo su poder y entrar en el círculo de *híbridos*. Aunque una pelea podría aliviarle la tensión no iba a proporcionarle respuestas. Esperaría y observaría un rato más. Fuera lo que fuera lo que estuvieran persiguiendo los *híbridos*, tenía relación con el Solitario... y con cadáveres humanos descompuestos.

Uno de los *híbridos* emitió una risa desagradable y sacó algo del ataúd: los restos de un brazo y una mano despojados de carne años antes, descompuestos y unidos por el poco tejido disecado que quedaba. De los dedos colgaba una bolsa hecha jirones y podrida.

Dain se acercó un paso con el ceño fruncido. ¿Un *gris-gris*? ¿Una bolsa amuleto enterrada con los muertos?

Fuera lo que fuera lo que contuviera aquella bolsa, apestaba a demonio por los cuatro costados. El maldito hueso que llevaba en el bolsillo se calentó, quemándole el muslo a través del abrigo y los vaqueros. El mal llamando al mal.

Los *híbridos* iban tras ese amuleto, lo que quería decir que él también.

Dain salió a la luz de la luna. Uno de los *híbridos* irguió la cabeza y le miró de frente.

Se acabó lo de acercarse con sigilo.

La cosa se lanzó a por él con un grito salvaje. Con un ágil movimiento, Dain se agachó, rodó y se incorporó, evitando el ataque de la criatura y saltando hasta el que tenía el *gris-gris*. Le arrancó la bolsa de la mano. Era de terciopelo rojo y estaba cosida con hilo del mismo color.

Y era antigua. Muy antigua. Rodeada de hechizos para proteger

su contenido y evitar que se pudriera a causa del calor húmedo de Nueva Orleans. Dain notó la maldad que rezumaba de la bolsita y penetraba en su mano hasta los huesos. El *continuum*, la corriente de dragón, el río infinito de energía que fluía entre las dimensiones, se agitó a modo de protesta por el cambio antinatural en el equilibrio.

El *híbrido* al que se la había quitado emitió un aullido y le golpeó, arañándole con los dedos convertidos en garras. Dain se apartó, se metió la bolsa en el bolsillo —el que no contenía el hueso del demonio—, y saltó hacia atrás, quedando al borde del claro, con una tumba a su espalda.

Los *híbridos* avanzaron hacia él formando un amplio semicírculo.

Dain convocó un poco más de su poder, el suficiente para permitir que sus rivales sintieran su magia y advertirles de que era un hechicero de luz. Ése era el único aviso, el único ofrecimiento de indulto que iba a hacerles. Si huían no les perseguiría, pero si atacaban acabaría con ellos.

Los *híbridos* vacilaron, desconcertados por la combinación imposible de magia luminosa y aura demoníaca que se adhería a él a partir de la oscuridad que desprendía el hueso quemado que se había convertido en su constante compañero.

Conjuró una vara de acacia, antigua y letal, de casi dos metros, y esperó.

El más cercano cayó sobre él con un gruñido, como un perro rabioso. Dain decidió no recurrir a más magia, eligiendo de momento la liberación de la pelea, aunque ellos le superaban por seis a uno.

Unas garras se clavaron profundamente en su pecho y un puñetazo en la mandíbula le lanzó la cabeza hacia atrás. Devolvió el ataque golpeando con su vara y luego la lanzó al aire, retorció la cabeza de un *híbrido* separándola del cuello, y extendió el brazo para recoger la vara según caía, con los dedos cubiertos de sangre negra.

Los restos del *híbrido* burbujearon y silbaron hasta acabar convertidos en un lodo hediondo de color gris.

Otro de aquellos seres ocupó el lugar del primero. Dain dejó que el dolor y la rabia por la traición del Antiguo, que seguían hi-

riéndole como una navaja afilada, se apoderaran de él. También estaban presentes la tristeza y un odio secular por los demonios y los de su calaña, que alimentó sus acciones hasta que, a sus pies, se formó una gruesa ciénaga de lodo burbujeante.

Sólo un *híbrido* se apartó, el único que seguía en pie. Permaneció tembloroso y paralizado de terror y luego cayó de rodillas ante él. Dain le miró jadeando. El hueso carbonizado que llevaba en el bolsillo desprendía una energía espantosa, una magia prohibida que hizo que el *continuum* se retorciera ante el ultraje.

La tentación intentó persuadirle, y con ella llegó un ansia desconocida y desagradable por matar una vez más.

«Matar, matar, matar».

Eso era nuevo.

¿Qué coño le pasaba?

El hueso, el maldito hueso del demonio.

Bueno, pues si lo que intentaba era atraerlo hacia el lado oscuro se iba a llevar una desilusión. Los hechiceros eran guardianes, no asesinos indiscriminados.

Presionó una mano contra las profundas heridas que tenía en el pecho y escupió sangre. Le costaba respirar y el pulso le palpitaba con fuerza en los oídos.

—Vete —gruñó.

El *híbrido* no esperó a que se lo dijera dos veces. Retrocedió arrastrándose como un cangrejo, luego dio media vuelta, tropezó con sus propios pies y huyó trastabillando del cementerio, dejando únicamente el eco sordo de sus pasos.

Vivien Cairn se quedó en la calzada, viendo cómo las luces traseras del coche alquilado de su madre se alejaban, haciéndose cada vez más pequeñas. Respiró tranquila por primera vez desde hacía dos días. ¿Por qué había creído que cambiar de zona horaria iba a alterar los planes de su madre?

Araminta aparecía tres veces al año con la puntualidad de un reloj: una con ocasión del cumpleaños de Vivien; otra en Halloween, para lo que no había ninguna explicación, pero hacía ya mucho que Vivien había dejado de intentar entender el extraño

funcionamiento de la mente de su madre; y la tercera coincidiendo con el aniversario del día en que su padre se marchó. La llamaba media hora antes de llegar a la puerta de su casa y luego aparecía sin más con el pelo negro cortado a la altura de la barbilla, perfectamente arreglada, con una mueca de desaprobación en los labios, un cuerpo exuberante y una cara preciosa que no mostraba las señales de la edad.

Nunca hablaban del tema, pero Vivien no podía imaginar cómo hubiera podido sobrevivir su madre antes de la existencia del Botox. O al menos a eso lo achacaba ella, porque Araminta se aferraba a su juventud con una tenacidad asombrosa. Parecía lo bastante joven como para ser su hermana.

Se frotó el esternón con los nudillos y lanzó un suspiro, medio de alivio, medio de tristeza. Esta visita la había dejado con una sensación idéntica a las de los quince años anteriores.

—Vivien —le había dicho su madre unos minutos antes, cogiendo con fuerza las manos de su hija. La estudió bajo la luz del porche con la cabeza ligeramente echada hacia atrás, los ojos entornados, mirada penetrante y la voz impregnada de una gran decepción y desesperación—. Eres igual que tu padre en todos los sentidos. No has sacado nada de mí. Nada.

Vivien Cairn, con una licenciatura, un máster y un doctorado en ciencias, profesora adjunta de Antropología en la UTM, la Universidad de Toronto en Mississauga, y actualmente disfrutando de una especie de año sabático, era la cruz de la existencia de su madre.

—¿Y por qué le has hecho esto a tu pelo? —Araminta había levantado el brazo para sacudir las puntas del reciente corte de Vivien.

—Me lo he cortado. Es más cómodo.

Después de unos instantes de tensión en los que Vivien pensó seriamente en meter a su madre en el coche, Araminta había emitido un fuerte suspiro, de esos que indicaban que estaba a punto de caer un holocausto nuclear sobre la confiada Humanidad. Luego, tras depositar un ligero beso en la mejilla de su hija —que Vivien se apresuró a aceptar—, Araminta había dado media vuelta y se había marchado. Gracias a Dios.

La rutina tenía sus ventajas.

En ese momento, las luces rojas parpadearon y desaparecieron por completo en la calle engullida por la noche, y Vivien regresó a la casa.

Al llegar al pie de la escalera redujo el paso y echó una ojeada a su alrededor, mientras el aire frío del invierno penetraba a través de su jersey. La inquietud se fue apoderando de ella lentamente.

Subió los escalones, se detuvo en el porche y se rodeó con los brazos. Se volvió despacio y paseó la mirada por el jardín, con el pulso ligeramente acelerado.

Algo estaba mal. No existía razón alguna para el frío que sentía ni para el incómodo hormigueo en sus tripas, pero el instinto le decía que no estaba sola.

Llevaba semanas con esa sensación. Como si unos ojos que no veía la observaran desde las sombras. Aquello era una locura. Lo sabía. Allí no había nadie. Incluso había hecho que un amigo, Paul Martínez —un policía con el que había trabajado en el caso de la granja de avestruces—, se paseara entre los árboles con ella, buscando señales de que hubiera algún mirón escondido. No encontraron nada. Cero. Nadie. Claro que lo habían hecho a la luz del día. Puede que ahí estuviera la diferencia.

Se preguntó, y no era la primera vez, por qué le había dado por comprar esa reliquia de casa en Sideroad Sixteen, donde su vecino más próximo tenía una plantación de árboles y vivía a cinco millas de distancia, y donde la propia carretera era una polvorienta extensión sin asfaltar con una fila tras otra de viveros de árboles a un lado y un campo infinito de hierba sin segar de casi dos metros de altura al otro.

Había querido privacidad, y desde luego que la había conseguido.

Entró en la casa y echó el cerrojo a la puerta, dejando fuera la noche. Se quitó el jersey, lo colgó en una percha y cogió una piruleta del cuenco que había sobre la mesa de la entrada. La mordió, saboreando su intenso sabor dulce, y se dirigió al sótano. Las lámparas del techo brillaban, su mesa de trabajo estaba limpia y ordenada, con seis bolsas de terciopelo rojo muy antiguas y el



contenido de las mismas colocado en recipientes transparentes, dispuestos uno al lado de otro y perfectamente alineados.

Aunque conocía de sobra el contenido de todas y cada una de las bolsitas, se lavó las manos, se puso un par de guantes quirúrgicos y se dispuso a examinar los objetos que había mirado ya innumerables veces. No se trataba de un simple capricho sino de una necesidad. Una muy grande. No sólo se imaginaba que había alguien observándola; estaba empezando a mostrar señales de trastorno obsesivo compulsivo. Suspiró. ¿Qué sería lo siguiente? ¿Lavarse las manos cincuenta veces al día? ¿Comprobar la estufa tres veces antes de convencerse de que la había apagado?

Cogió la primera bolsa, la de su padre, una de las tres cosas que poseía para recordar que una vez tuvo padre. Él le había dejado una bolsa raída de terciopelo rojo, una única foto de un hombre alto y atractivo con el pelo color caoba y unos ojos pardos idénticos a los suyos, junto a una madre fría y amargada que nunca había superado que las abandonara a su hija de dos años y a ella, quienes nunca volvieron a verle ni a tener noticias suyas. O al menos a eso achacaba Vivien el comportamiento de su madre.

Los pecados de los padres... Araminta nunca había perdonado a su hija.

No es que su madre no la quisiera. La quería a su modo, controladora y perpetuamente decepcionada. Y no era que Vivien no quisiera a su madre. La quería, pero daba gracias al cielo por el hecho de que la visitara sólo tres veces al año.

Estaban muy a gusto comunicándose por teléfono, y si era por correo electrónico, todavía mejor.

Vivien pasó un dedo por el desgastado terciopelo. La bolsa se asemejaba a un *gris-gris* de vudú, con su contenido de sal, pimienta roja, piedras de colores y huesos. Sin embargo, estos últimos eran mucho más viejos que la tela. Un verdadero rompecabezas. Dentro de la bolsa había encontrado, además, pelo y trozos de piel seca. Decididamente se trataba de alguna clase de amuleto. Su padre se lo había dejado a ella y últimamente le interesaba cada vez más conocer el porqué.

Se inclinó para estudiar los huesos desde el punto de vista frío y familiar de la antropóloga. Falanges: huesos de los dedos. Muy

viejos. Humanos. Tres de ellas pertenecientes al mismo dedo. La falange media mostraba un corte profundo, como si la hubiera cortado una cuchilla.

Cada una de las bolsas que había ido adquiriendo a lo largo de los años tenía un contenido similar. Piedras de diferentes colores. Distintos huesos: fragmentos de una duodécima costilla, una segunda vértebra cervical partida en tres pedazos, trozos de una quinta vértebra lumbar y tres cuneiformes del pie derecho, dos de ellos con un corte igual al que tenía el dedo y que parecía haber sido hecho con el mismo instrumento. Todos los fragmentos provenían de la misma persona. Un varón.

¿Quién? ¿Por qué? ¿Cómo habían terminado los restos de su esqueleto repartidos por todo el globo, metidos en unas cuantas bolsas de terciopelo rojo?

¿Y por qué seguía ella topándose con ellos?

Una la había encontrado años atrás en una tienda de Queen Street la primera vez que fue a Toronto. En el escaparate había una bolsita de terciopelo rojo, cosida con hilo del mismo color. Recordó que se había parado de repente, sorprendida, y había decidido comprarla porque era idéntica a la que su padre le había dejado. Más tarde encontró otra en una tienda de Nueva Orleans, cuando fue para asistir a una conferencia de cuatro días. Otra en París, de nuevo con motivo de una conferencia. El dueño de la tienda insistió en que la bolsa había pertenecido a una aristócrata, amiga de María Antonieta, que se había aferrado a la bolsa mientras moría en la guillotina. La historia ponía los pelos de punta. Puede que el vendedor se la hubiera inventado para inflar el precio.

Una más venía de Londres, de una tienda diminuta que olía a libros viejos y a mohó. Esta bolsa tenía el dudoso honor de haber pertenecido, supuestamente, a una víctima de Jack, El Destripador.

La más reciente le había llegado por correo la semana anterior. Le habían entregado un simple paquete marrón sin etiquetas distintivas ni remitente para devolverlo. Aquel envío le produjo una gran inquietud. No creía que nadie supiera que estaba coleccionando esas bolsas, y mucho menos que alguien se las fuera a enviar de forma anónima.

Unos dedos helados le rozaron la piel, se estremeció, dejó los huesos y se levantó para girar despacio sobre sí misma. «No estoy sola. No estoy sola». Estaba completamente segura de eso, pero allí no había nadie. La habitación empezó a dar vueltas y Vivien se sujetó a la mesa. Le picaban los ojos y sentía un inmenso cansancio en lo más profundo del alma, un dolor helado.

Se presionó la frente con el puño y respiró despacio. Puede que necesitara comer. Las visitas de su madre siempre le quitaban el apetito y en el último par de días apenas había comido. Ordenó la zona de trabajo y se dirigió a la escalera. Los pelos de la nuca se le erizaron.

Alguien la estaba observando.

Se volvió y fijó la vista en el ventanuco que había en la parte superior de la pared.

Nada. Sólo se veía una pequeña porción de cielo salpicado de estrellas.

Suspiró mientras iba subiendo las escaleras, deseando olvidarse de todo, tumbarse en la cama, cobijarse bajo el cálido edredón y dormir para despertar después volviendo a ser ella misma, sin premoniciones, ni suspicacias, ni la paranoia de que la estaban observando.

Al llegar a la entrada de la cocina se paró a pensar en qué podía comer, decidiéndose al final por una sopa. Abrió una lata, vertió el contenido en un tazón, lo metió en el microondas y esperó a que sonara la alarma. Luego se fue con el tazón humeante hasta la puerta de atrás, apoyó el hombro contra el frío cristal y miró el patio trasero mientras soplaba la sopa caliente.

La luz del sol invernal se derramaba sobre la madera, besándola con sus cálidos rayos. ¡La luz del sol!

No se veían ni luna ni estrellas.

«¡Vale, Dios!»

El tazón resbaló de sus dedos y cayó al suelo con un fuerte crujido, formando un charco de sopa y salpicando sus vaqueros y sus zapatillas.

Vivien pegó ambas manos al cristal y se quedó quieta, temblando y sin apartar la mirada del cielo azul, despejado. *Luz del sol. Luz del sol.*

Miró su reloj. Las ocho y media. De la mañana. Había perdido doce horas.  
Otra vez.